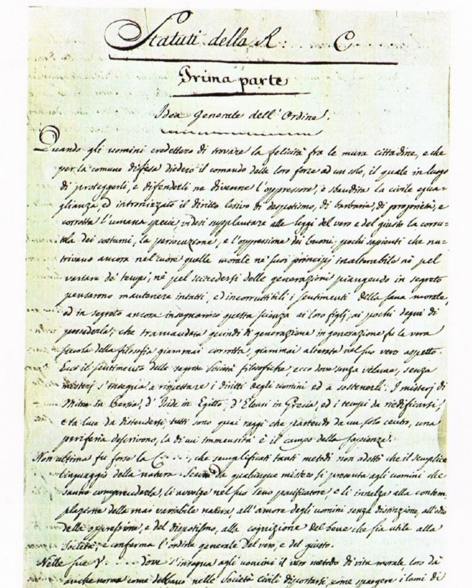


Batalla de San Martino (24 de junio de 1859), empeñada entre austríacos y franco-piamonteses, en que estos últimos lograron la victoria (Museo del Risorgimento, Turín).

"Risorgimento" y unidad italiana

La liquidación del período napoleónico por el Congreso de Viena había dejado a la península italiana sojuzgada y dividida. Austria conservaba a Lombardía y el Véneto como provincias del Imperio. Los ducados de Parma, Módena y Toscana estaban regidos por archiduques austríacos; el papa no sólo gobernaba como en la Edad Media los estados pontificios, sino que extendía su gobierno a las provincias del Adriático llamadas *legaciones*. En Nápoles y Sicilia, eliminado el peligro de Murat (establecido allí por Napoleón), volvían a gobernar los Borbones según sus métodos tradicionales.

Todos estos monarcas eran enemigos de las ideas democráticas y se sentían autorizados a su represión por los principios de la Santa Alianza. Hasta el Piamonte, que con Saboya, Génova y Cerdeña formaba un reino casi italiano, toleraba con dificultad la propaganda del régimen constitucional. En las provincias austríacas el mayor crimen era hablar de constitución e independencia. Las prisiones de Austria dejaron gran fama de crueldad. A un prisionero incomunicado, Maroncelli, se le quitaron los lentes para que no pudiera distraerse leyendo. A Silvio Pellico el carcelero le pasó una carta de su padre con dirección y firma solamente; todo lo demás había sido censurado. A otro, Bachiega,



Statuti della R∴ C∴

Prima parte

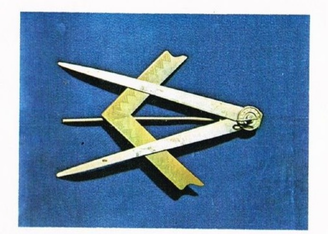
Idea generale dell'Ordine.

Quando gli uomini credettero di trovare la felicità fra le mura cittadine, e che per la comune difesa diedero il comando delle loro forze ad un solo, il quale in luogo di proteggerli, e difenderli ne divenne l'oppressore; e sbandita la civile eguaglianza, ed intronizzato il diritto lesivo di despotismo, di barbaria, di proprietà, e corrotta l'umana specie, videsi supplantare alle leggi del vero e del giusto la corruttela dei costumi, la persecuzione, e l'oppressione dei buoni: pochi sapienti che nutrivano ancora nel cuore quella morale ne' suoi principj inalterabile nè pel variare de' tempi, nè pel succedersi delle generazioni piangendo in segreto pensarono mantenere intatti, ed incorruttibili i sentimenti della sana morale, ed in segreto ancora insegnarono questa scienza ai loro figli, ai pochi degni di possederla; che tramandata quindi di generazione in generazione fu la vera scuola della filosofia giammai corrotta, giammai alterata nel suo vero aspetto. Ecco il sentimento delle segrete Società filosofiche, ecco dove senza velame, senza misterj s'insegna a rispettare i diritti degli uomini ed a sostenerli. I misterj di Mitra in Persia, d'Iside in Egitto, d'Eleusi in Grecia, ed i tempj da riedificarsi, e la luce da distendersi, tutti sono quei raggi che partendo da un solo centro, una periferia descrivono, la di cui immensità è il campo della sapienza.

Non ultima fu forse la C∴ . . ., che semplificati tanti metodi non adottò che il semplice linguaggio della natura. Scevra da qualunque mistero si presenta agli uomini che sanno comprenderla, li avvolge nel suo seno pacificatore, e li innalza alla contemplazione della mai variabile natura, all'amore degli uomini senza distinzione, all'odio della oppressione, e del dispotismo, alla cognizione del bene che sia utile alla Società; e conferma l'ordine generale del vero, e del giusto.

Nelle sue V∴ . . . dove s'insegna agli uomini il vero metodo di vita morale loro dà anche norma come debbano nelle Società civili diportarsi, come spargere i lumi di verità, e disseminare ovunque i principj della vera filosofia, ed il diritto dell'eguaglianza

Estatutos de los "carbonarios" (Museo del Risorgimento, Turín). Los "carbonarios", sociedad secreta que había empezado en Nápoles a reunirse en chozas de carboneros, contribuyeron a difundir las ideas revolucionarias de la unificación por toda Italia. A la derecha, símbolos masónicos de la Italia del "Risorgimento" (Museo del Risorgimento, Turín). La masonería también ayudó a expandir las ideas revolucionarias por Italia.



por orden real se le quitó un gorrión que había conseguido entrar por la aspillera de la celda y se había acostumbrado a vivir en compañía del recluso.

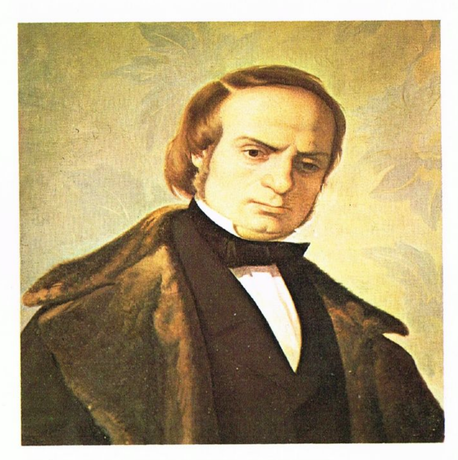
En Parma, que era un centro de libertinaje, se era inexorable con los liberales. Stendhal, en su novela *La Cartuja de Parma,* ha descrito vivamente aquella corte donde todo era alegría, menos el castillo-prisión. En la corte de Módena, además de los antiguos métodos de tortura, se empleaban drogas para obtener delaciones provocando el delirio en los conspiradores. El duque de Toscana era el déspota más benévolo y sus súbditos los más flojos; lo aceptaban con "pacífica beatitud", pero, según un escritor de la época, Toscana era un paraíso sin los árboles de la vida y del conocimiento.

En otros estados italianos la detención de los prisioneros no acostumbraba ser tan larga como en las prisiones de Austria, donde se retenía a los reclusos doce o quince años. La *maffia* y la *camorra,* los *banditi* y *sicarii,* despachaban a los sospechosos ya antes de ser encarcelados. Los que llegaban a entrar "morían" con relativa facilidad.

Sin embargo, continuaban propagándose las ideas revolucionarias. Todo lo facilitaba; el progreso material imponía su correlativo progreso en las instituciones. En el Piamonte se introdujeron las máquinas de hilar y tejer de Inglaterra, y la mayor producción requería más vasto mercado, que sólo podía ser la Italia unificada. Los ferrocarriles facilitaron las comunicaciones y con ellas la unificación de los diversos estados. No debe, pues, sorprendernos que los príncipes reaccionarios y absolutistas los aceptaran a regañadientes. El primer ferrocarril en la península fue el de Nápoles a Portici, inaugurado en 1839; pero el gobierno borbónico consideraba el invento como peligroso para la moral, y así sometió su desenvolvimiento a una serie de restricciones, como la prohibición de que los trenes viajaran de noche o en domingo. El ferrocarril de Milán a Venecia fue empezado por los austríacos en 1840, y el de Liorna a Pisa, por el gran duque de Toscana en 1844. El Piamonte, que hubiera debido ser el iniciador de este progreso, llegó tarde, pero en seguida se pensó en una línea a lo largo de la costa, desde Génova a Nápoles, y en horadar el Apenino. Los partidarios de la nueva Italia decían que los ferrocarriles "coserían el cuero de la bota" del mapa de la península.

Con la excusa de *Congressi degli Scienziati* se reunían patriotas de todos los estados para tratar de problemas de economía y ciencias, de los que quedaba en Italia algún rescoldo desde las escuelas del Renacimiento. Pero hasta los temas más inocentes llevaban a los congresistas a discutir el régimen político; muchos congresistas eran carbonarios y masones, y todos liberales. Por esto el papa y el duque de Módena prohibieron a sus súbditos reunirse en congresos científicos y Austria los permitía con gran sospecha de carácter diabólico. Los primeros congresos científicos se celebraron en Pisa y Turín los años 1839 y 1840; al congreso de Nápoles, de 1845,

Monumento en Roma a Giuseppe Mazzini, defensor de la solución de implantar una república unitaria en Italia.



Vincenzo Gioberti, por Puccinelli (Museo del Risorgimento, Turín). Este político sostenía que la mejor solución a la unidad de Italia consistía en la federación de los estados y colocar al papa al frente de ella.

acudieron mil cuatrocientos *Scienziati,* demasiados para hablar sólo de ciencia; el último, de 1847, fue ya en Venecia en pleno dominio austríaco y en vísperas de la revolución. A consecuencia de algunos discursos que habían pronunciado durante la celebración del congreso, los dos principales agitadores vénetos, Manin y Tommaseo, fueron encarcelados.

Las sociedades secretas tuvieron mayor eficacia en la difusión de las ideas revolucionarias, porque muchos italianos eran todavía analfabetos y no podían comprender la literatura patriótica que circulaba clandestinamente. Todas las sociedades secretas tenían en común la fraseología oscura de las fórmulas de iniciación, que atraía al público con el misterio de sus símbolos y la jerarquía de los grados. Los *carbonarios* de Nápoles habían empezado por reunirse en chozas de carboneros con un tronco de árbol por sillón presidencial. Las logias se llamaban *barracas* o *ventas,* y al lado de la cruz de Cristo se veía

LA UNIDAD ITALIANA

1849 Víctor Manuel II, rey del Piamonte-Cerdeña.

1850 Cavour, ministro de Comercio y Agricultura en el gabinete de d'Azeglio.

1852 Víctor Manuel designa primer ministro a Cavour.

1858 Entrevista de Plombières: apoyo francés a la causa de la unidad italiana.

1859 (4 de junio) El ejército italo-francés derrota a los austríacos en Magenta.
(24 de junio) Nueva victoria en Solferino.
(12 de julio) Napoleón III firma el armisticio con Austria.
(10 de noviembre) Paz de Zurich: Lombardía se incorpora al reino de Piamonte-Cerdeña.

1860 Un plebiscito sanciona la anexión de Toscana, Parma, Módena y Romagna al reino de Piamonte.
(4 de abril) Fracaso de un levantamiento nacionalista en el reino de Nápoles.
(11 de mayo a 20 de julio) Expedición de Garibaldi contra Sicilia.
(agosto-septiembre) Ocupación del reino de Nápoles por Garibaldi.

1861 (13 de febrero) Capitulación de Fernando II, rey de Nápoles en Gaeta. Unión de Sicilia, al sur de Italia, Umbría y las Marcas con Piamonte-Cerdeña. Víctor Manuel II es proclamado rey de Italia en Turín.
(6 de junio) Muerte de Cavour.

1862 Sin apoyo oficial, Garibaldi intenta conquistar Roma.

1864 Compromiso entre Napoleón III y Víctor Manuel II: las tropas francesas evacuarán los Estados Pontificios a cambio de que el gobierno italiano respete y defienda su integridad.

1866 Como consecuencia de la participación italo-francesa en la guerra austro-prusiana, Austria cede Venecia al reino de Italia.

1867 Nueva intentona de Garibaldi contra Roma, desbaratada por la intervención de las tropas francesas y pontificias.

1870 (2 de septiembre) Derrota francesa en Sedán. El ejército francés se retira de los Estados Pontificios.
(20 de septiembre) Ocupación de Roma por las tropas italianas.

Garibaldi en América del Sur, por Malinski (Museo del Risorgimento, Turín). Garibaldi, el revolucionario eterno, que había luchado en las guerras civiles de Uruguay y Argentina, sería un elemento decisivo en el triunfo de la tercera teoría para la unificación de Italia: la de la anexión a la monarquía del Piamonte.

una hacha y un martillo. Cristo, decían, había sido la primera víctima de los tiranos, y en el juramento del grado supremo había la cláusula de exterminar a los reyes. Los carbonarios se extendieron hacia el norte de Italia y aun fuera de la península; pero en algunos estados la masonería local, aunque menos pintoresca, les hacía la competencia: en el Piamonte había *adelfos;* en Lombardía, *federales,* y en Módena y Parma, *güelfos.* Todos conspiraban al mismo fin: derribar los tronos absolutistas y establecer un régimen constitucional.

El romanticismo, que en Italia se confundía con el llamado *Risorgimento letterario,* tomaba allí involuntariamente carácter político. Temas en apariencia puramente históricos y literarios se encontraban llenos de alusiones a la "esclavitud y tiranía". Donde no se toleraba la crítica se empleaba la sátira, y los asuntos más inocentes se interpretaban con malicia. La novela de Manzoni *I promesi sposi,* cuyo argumento es de los tiempos de la dominación española, se leía como si los extranjeros fueran austríacos. Los autores clásicos tomaban un valor inesperado de profetas revolucionarios. Cuando el cardenal Mai descubrió en el Vaticano un libro perdido de Cicerón, Leopardi le aclamó como un héroe; le llama en su oda famosa *italo ardito.* Más cercanos, más estimulantes, eran todavía los autores del Renacimiento, como Maquiavelo y Guicciardini, que habían gemido y gritado contra la dominación extranjera. Aun la música servía para propaganda: en los coros de ciertas óperas se alteraban las palabras para que tuvieran significado político.

Sobre todo, lo que unía a los italianos era la lengua. Podían estar separados por fronteras, con monarcas extranjeros impuestos por la Santa Alianza, pero todos los tiranos de la tierra no podían desposeerles de aquella *divina favella* en la que hablaron Dante, Boccaccio y Petrarca. El mayor de todos,

Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte (Museo Central del Risorgimento, Roma) se puso a la cabeza del entusiasmo desencadenado en Italia por la revolución de 1848 en París y su secuela en Viena, y quiso ayudar a los patriotas de Milán combatiendo a los austríacos. Su acción terminó en fracaso.

Dante, había deplorado como ninguno la triste condición de la Italia de su tiempo, ni mejor ni peor que la de entonces: *Italia, Italia, di dolore ostello, – barca senza nochier in gran tempesta, – non luogo di consiglio, ma bordello.* (Italia, Italia, de dolor hospicio, – barco sin timonel en gran tormenta, – no lugar de consejo, sino burdel.)

¿Pero quién podía ser el timonel de la nueva Italia a mediados del siglo XIX? ¿Dónde establecer el consejo para acabar con el burdel? Se proponían tres soluciones: una, la federación de los estados italianos con el papa a la cabeza, que era la solución de Gioberti; otra, la República unitaria, liberal y constitucional, que era la solución de Mazzini, y, por último, la anexión de todos los demás estados italianos al Piamonte, que era el único que había reconocido la necesidad de la unificación. Esta era la solución de Massimo d'Azeglio que Cavour hizo prevalecer.

La federación de los estados italianos bajo los auspicios del papa parecía la más viable y tenía, antes de la revolución de febrero (1848), muchos partidarios. Era el programa de los güelfos de la Edad Media, modernizado con una base filosófica por Vincenzo Gioberti en *La primacía de Italia* y por Cesare Balbo en *La esperanza de Italia*. Gioberti quería aceptar el hecho real de la división y aun la variedad de los italianos, compensada con la existencia en Italia del poder unificador del papado. Los italianos podían ser súbditos de diferentes señores, pero todos eran católicos y ninguno quería aparecer como enemigo del papa. ¿Por qué, pues, improvisar



Medalla conmemorativa del mariscal Radetzky, jefe de las fuerzas austríacas en territorio italiano (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

Reconstrucción, en el Museo del Risorgimento de Turín, de la habitación donde murió Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte en su exilio en Oporto (Portugal).



Víctor Manuel II (Museo del Risorgimento, Turín), rey de Cerdeña-Piamonte, en el mismo campo de Novara. Durante su reinado se consumó la unificación de Italia.



un estado nuevo, cuando el de la Iglesia podía servir de eje, centro, corazón y cerebro de una Italia confederada?

Gioberti había, como tantos otros, recibido la influencia de los discípulos de Saint-Simon: el papado podía convertirse en organización de tipo sansimoniano casi socializante, y por el papado Italia ser la nación primada de una católica humanidad.

Estos neogüelfos estaban animados por el carácter del nuevo papa Pío IX. Elegido en 1846, de familia liberal, en su juventud había tenido amistad con los revolucionarios. Inteligente, culto, buen orador, era de salud delicada y naturalmente poco entusiasta para la obra que le exigían sus partidarios de transformar Italia y el papado: "Quieren hacer de mí un Napoleón, y no soy más que un sacerdote". Sin embargo, al principio, para manifestar que no sería papa oscurantista ni reaccionario, abolió la censura de la prensa, libertó a setecientos prisioneros encarcelados por ideas liberales, prometió apoyo a los congresos científicos y nombró una comisión para estudiar la red de ferrocarriles. "Pío IX –decía Gioberti– ha reconciliado la Humanidad con la religión, porque es amigo del progreso."

Pero no bastaba con un papa casi liberal: era necesario que la curia romana consintie-

ra en aceptar una constitución y tolerar funcionarios laicos en el gobierno de las cosas temporales. Sin esto no podían Gioberti y sus amigos proponer el estado pontificio como centro de atracción de los demás estados de la península. Los revolucionarios eran liberales; no sólo querían unidad de Italia, sino también constitución. El patriotismo local en Toscana, en Sicilia, en Venecia, era todavía muy intenso; los soberanos absolutistas no eran todos despóticos y reaccionarios. Era quizá demasiado exigir a los italianos que renunciaran a sus tradiciones locales para agregarse al estado de la Iglesia, que no era el que ofrecía precisamente más garantías de liberalismo, no por la persona del papa, sino por la curia, que era algo muy distinto de él y no quería transigir con las nuevas ideas. Su resistencia terminó por prevalecer y el papa acabó por asustarse de haber entrado en la pendiente constitucional. Los tumultos republicanos de noviembre de 1848, que obligaron al papa a huir de Roma, desvanecieron toda duda, y desde entonces ya no se volvió a hablar de güelfismo o de federación con el papa a la cabeza.

La segunda solución, propuesta por Mazzini, era la República italiana unitaria, barriendo de una vez los tronos, únicos interesados en conservar fronteras dentro de la península. Esto era difícil; ya se había visto en Francia. Las revoluciones republicanas de 1789 y 1830 habían acabado con restauraciones monárquicas. Europa, cuando predicaba Mazzini, no estaba madura para repúblicas. La revolución de 1848, al derribar por tercera vez el trono de Francia y enviar a Luis Felipe al destierro, evolucionaba hacia el Segundo Imperio de Luis Napoleón, que fue la recaída en el régimen monárquico. Además, en Italia había la inmensa dificultad del papado. Si el papa no era cabeza de la nueva Italia, sería un huésped difícil de mantener dentro de la República. Sus derechos eran

El mariscal Radetzky y su estado mayor después de la batalla de Novara (Museo del Ejército, Viena), en que fue derrotado Carlos Alberto de Cerdeña-Piamonte, que abdicó allí mismo y se retiró a Portugal.



UNA NACION SIN LENGUA COMUN

La idea de que lengua y nación estén ligadas en una relación de correspondencia y estrecha unidad no fue invención del romanticismo alemán; los románticos no la crearon, sino que la heredaron de una remota tradición histórica.

En la tradición cultural italiana, desde Dante hasta Muratori, es decir, mucho antes del *Risorgimento,* había estado muy presente la idea de que la lengua era símbolo de nación y que la adhesión a sus normas era un signo de nacionalidad. Esta idea había mantenido a través de los siglos un embrión de conciencia política unitaria, en el que puede verse una de las más fuertes razones que garantizaron la existencia de un sistema lingüístico común a toda la península itálica.

Ahora bien, la primacía del italiano en la península es algo seguro sólo en el terreno cultural y político, no en el efectivo plano lingüístico. A la idea de que el italiano fuese verdaderamente el idioma principal usado por los italianos, se oponían hábitos y caracteres que, radicados en la sociedad italiana, habían producido condiciones lingüísticas bastante singulares, es decir, la paradoja de una lengua muy celebrada, pero no usada, extranjera en su propia patria.

Casi siempre se ha hablado de la situación lingüística de la península itálica desde el punto de vista de la lengua literaria, olvidando la existencia de los dialectos. La situación lingüística italiana de 1870, la amplia difusión de los dialectos, era naturalmente resultado de una serie de circunstancias geográficas, históricas y políticas muy anteriores, consecuencia tangible de las cuales es el surgir y prosperar de una "selva" de idiomas fuertemente diversos unos de otros.

Por esto, el hecho de que la adopción, a partir del *Trecento,* de una lengua común nacional (el florentino, en las normas fijadas por Dante, Petrarca y Boccaccio) no haya casi atenuado la diversidad de los dialectos, no nos tiene que sorprender; los mismos hechos que consintieron y favorecieron la formación y sobrevivencia de las varias tradiciones dialectales, habían obstaculizado la difusión y limitado obviamente la exigencia de un idioma común a toda aquella península.

Durante siglos, la lengua italiana, caso único entre las lenguas nacionales europeas modernas, había vivido exclusivamente como lengua de gente culta, que la usaba sólo en sus escritos o en las ocasiones más solemnes, y aun no en todas (Vittorio-Emanuele II, primer rey de Italia, hablaba en piamontés incluso en las reuniones ministeriales, y en Nápoles, el dialecto era usado normalmente en la corte). Este restringido uso del italiano ha incidido no sólo en la actitud estilística de prosistas y poetas, sino sobre todo en las estructuras fonológicas, morfológicas, lexicológicas y sintácticas, sobre la forma interna de la lengua y sobre su evolución histórica. Las evoluciones normales sufridas por las demás lenguas románicas habladas no alcanzaron al italiano, que sufrió poquísimas transformaciones, y así se llega al siglo XIX, con una lengua muy culta que, junto a una tremenda superabundancia léxica y fraseológica en algunos sectores, presenta una pobreza y carencia asombrosa en otros, sobre todo los referentes a la flora y fauna, a la vida doméstica o a la artesanía, es decir, a todo lo que más cerca está del vulgo analfabeto (en el momento de la Unidad, era más del 80% de la península) que hasta entonces había usado al hablar, no el italiano, sino uno de los diversos dialectos peninsulares.

Así, pues, en los años de la Unidad, cuando se trató de dar a la península una lengua nacional, la tarea fue ardua y difícil. Se tenía que emprender una tarea de adaptación e imposición, y pretender hacerlo únicamente a base de la enseñanza del italiano en las escuelas, hubiera sido trabajo ingente, dado el porcentaje de analfabetos y la casi inexistencia de una organización escolástica capaz.

La unidad política, el contacto más estrecho entre los pobladores de la península, entre las distintas clases sociales, como consecuencia de la creación de una administración pública, de un ejército nacional, de unos periódicos que imponían el uso de una lengua común, hizo que lentamente se fueran venciendo las barreras que desde siglos atrás se habían opuesto a la unidad lingüística y se creara finalmente esta lengua viva que es el italiano actual.

H. P.



Asalto y toma del fuerte de Malakof, en Sebastopol, según grabado contemporáneo de la Biblioteca Nacional de París. La asociación del Piamonte a Gran Bretaña y Francia en la guerra de Crimea le granjeó las simpatías de Europa y en especial de Napoleón III.

reconocidos por toda la cristiandad católica, y al atacarlo la revolución italiana se suicidaría, porque un ejército internacional acudiría a defender al pontífice amenazado.

Estas dificultades no arredraban a Mazzini. Conspiraba en favor de una Italia unificada, constitucional y con Roma por capital. Sus escritos inflamados, elocuentes, eran sinceros: "Yo podré engañarme –decía al comenzar su *Tratado de los Derechos del hombre*–, pero no puedo engañaros". Toda la filosofía de Mazzini es de un sentimentalismo vago, cuya eficacia hoy no se explica, porque nuestra mentalidad es diferente de la de su generación. No basta con que la semilla sea buena ni es suficiente que caiga en tierra fértil; cada simiente requiere una composición apropiada en el suelo destinado a recibirla. La semilla de Mazzini no ha perdido su valor, pero nuestras almas no tienen las mismas cualidades receptivas que tenían las de los discípulos de Mazzini. Sus conceptos de Dios, de la Humanidad, de la libertad y del deber nos parecen propios de un orate. Pero prueba de que las semillas eran buenas es que fueron estímulo irresistible para que se sacrificase toda una generación. Mazzini quería para los italianos la primacía, el lugar de honor y de peligro en la tierra; mas para conseguirlo era preciso que los italianos se anticiparan con sus virtudes al resto de la Humanidad.

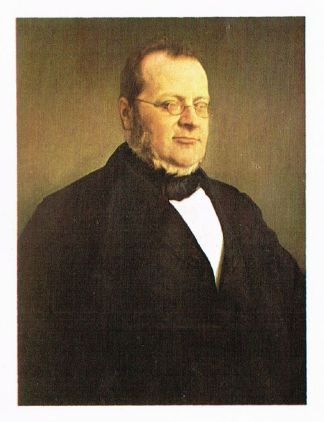
Con este ideal de una Italia unificada y una Italia guía, maestra de la *Europa joven,* Mazzini viajó y predicó incesantemente. No era rico: nacido en Génova de un médico burgués que nunca comprendió los extremismos de su hijo, vivió de una pequeña pensión que a hurtadillas le pasaba su madre, o de socorros de sus amigos. Expulsado del Piamonte y aun de Suiza, tuvo que refugiarse en Londres; allí trabó amistad con Carlyle y otros influyentes intelectuales ingleses. Pactó alianza con los revolucionarios de otros países, sobre todo húngaros y polacos, y logró hostigar a Austria con revueltas simultáneas en Hungría y Polonia siempre que le pareció conveniente para la causa italiana.

La *Joven Italia,* como se llamaba el partido de Mazzini, tenía ramificaciones más o menos secretas por toda la península. Los carbonarios y masones, no hay que decirlo, simpatizaban con la *Joven Italia* porque era francamente revolucionaria. Mazzini contaba reclutar tantos adeptos a la *Joven Italia,* que un día toda la población se podría levantar "en masa" y acabar de una vez con los monarcas absolutistas.

Hoy parece que Mazzini, de salud endeble y poco a propósito para la acción, tenía que haber adoptado como ejecutor providencial de sus planes a Garibaldi, pero no



Napoleón III, por Genaille (Museo Central del Risorgimento, Roma), en la época de su intervención en Italia. Tras la entrevista de Plombières, Francia y Cerdeña-Piamonte atacaron a Austria, derrotada en Magenta y Solferino.



Camilo Benso, conde de Cavour, por Francisco Hayez (Pinacoteca de Brera, Milán). Cavour fue el verdadero artífice de la unidad italiana, cuya consecución unió íntimamente a la política europea de la época.

GARIBALDI Y AMERICA

Después del fracaso de la insurrección genovesa de 1834, con una condena a muerte a sus espaldas, Garibaldi huye, primero a Niza y luego a Marsella. Allí vive la vida de discusión estéril y vacía de los exiliados, una vida de intrigas que no llevan a nada, de amarguras y nostalgia inadecuada para un carácter como el suyo. Es un hombre de acción, y cuando le ofrecen el puesto de segundo de a bordo en el *Nautonier,* que parte hacia Rio de Janeiro, lo acepta con entusiasmo.

Su fama de revolucionario le ha precedido, y en el muelle le esperan entusiastas los mazzinianos exiliados en Brasil, que aguardan con ansia el momento soñado de "la llamada universal". Tienen incluso una nave de 20 toneladas, la *Mazzini,* dispuesta para surcar el oceano cuando llegue esta llamada, pero el tiempo va pasando y la monotonía del exilio va entrando en la vida de aquellos ardientes patriotas, enfriando sus ánimos. A Garibaldi no se le escapan los peligros de la inacción, y propone a Mazzini usar la embarcación para emprender acciones corsarias contra naves sardas o austríacas: el maestro rechaza la idea. Garibaldi, desilusionado, escribe a un amigo: "Estoy cansado de arrastrar una existencia tan inútil para nuestra tierra. Ten por seguro esto: estamos destinados a mayores empresas, estamos fuera de nuestro elemento".

Pero un buen día la monotonía provinciana se ve de repente sacudida por la llegada a Rio de un singular prisionero, el conde Livio Zambeccari, ingeniero, revolucionario y aventurero, que había escapado por milagro de Módena en 1831, apareciendo luego en Brasil convertido en la mano derecha de Bento Gonçalves, jefe del movimiento secesionista de Río Grande do Sul.

Garibaldi, junto con otro mazziniano. Rossetti, descendiente del poeta, le visita en la cárcel y ofrece la *Mazzini* a la causa revolucionaria de Bento. Un mes después llega la aceptación: Garibaldi tendrá como misión interceptar las naves del gobierno brasileño. La primera víctima es la *Lucía,* con carga de café para Rusia, bajo bandera brasileña, pero el armador es austríaco. ¡Combatiendo por Rio Grande se ayudaba al *Risorgimento!* No pudiendo gobernar dos naves, hunde la *Mazzini,* más pequeña y, a bordo de la *Lucía,* cuyo nombre cambia por el de *Farropilha* (harapienta), llega a Uruguay. Pero Garibaldi no sabía aún a qué velocidad cambian las cosas en Sudamérica: el gobierno favorable a los secesionistas había cambiado y se ve obligado a zarpar inmediatamente, sin poder aguardar a Rossetti, que se había trasladado a Montevideo para encontrar comprador para el café.

Recorre la costa sin alejarse demasiado, sorteando escollos y arrecifes, hasta que la nave es atacada por dos lanchas brasileñas. La lucha es cruel, y Garibaldi es herido gravemente; evitado el abordaje, se dirigen casi a la deriva hacia el Río de la Plata. Una nave argentina los remolca hasta Gualeguay; el capitán de la misma, el español Lucas Tartabul, junto con su amigo y "hermano" de masonería el catalán Jacinto Andreu, saltan a bordo al saber las graves condiciones en que se encuentra el "hermano" Garibaldi. En Gualeguay, Garibaldi pasa un año como prisionero al ser calificada su gesta como acto de piratería, pero la cárcel es toda la ciudad, por la que Garibaldi se mueve libremente. Se convierte casi en un gaucho, echa el lazo, maneja las boleadoras y toma gusto al mate, una afición que ya no podrá dejar.

Nuevos cambios políticos. Rosas, el dictador argentino, entra en escena: nueva y más rigurosa prisión, pero por breve tiempo, hasta que, por fin, le dejan en libertad para que se traslade a Montevideo, donde vive, a causa de un mandato de arresto contra el comandante de la nave-pirata *Farropilha,* en clandestinidad muy relativa. Todo el mundo sabe de su presencia, es ya un héroe; aquel tiempo le sirve para ponerse al corriente de la situación.

Cuando en Uruguay a Rivera, el campeón de la independencia, le sucede Oribe, gran amigo de Rosas, éste cree llegado el momento de realizar su ambicioso plan político: fundar la confederación de estados del Plata: Argentina, Rio Grande y Uruguay; sólo falta que Rio Grande se separe definitivamente del Brasil, pero las circunstancias cambian con rapidez americana: Rivera ha vuelto al poder, y Oribe, refugiado en Argentina, prepara con Rosas la "guerra grande" entre Argentina y Uruguay.

En agosto de 1838, Garibaldi parte de Montevideo hacia Rio Grande. Bento, el líder separatista, ve en él un verdadero almirante y le nombra comandante de todas las fuerzas navales riograndenses, en total dos naves, aún en construcción, de 15 y 18 toneladas. Terminadas las naves, empiezan los ataques piratas contra la escuadra brasileña, cerca de la Laguna de los Patos. Evidentemente era imposible que dos pequeñas naves pretendieran luchar abiertamente contra una escuadra, pero con su guerra de guerrilla, con sus ataques aislados y rápidos amparándose siempre en la oscuridad o el mal tiempo, Garibaldi logra pequeñas importantes victorias, manteniendo siempre entretenida cerca de la Laguna a la flota brasileña.

Pero quizá lo que más fama le dio durante aquel período fue una escaramuza en tierra con un tal Moringue, medio soldado, medio bandido, militante entonces en el bando imperial; era lo que hoy llamaríamos un "duro", y su solo nombre infundía pánico. Garibaldi, sorprendido casi solo en la choza que le servía de vivienda, hizo frente al personaje y a sesenta de sus seguidores, logrando ponerlos en fuga.

El nombre de Garibaldi va tomando magnitud de fábula, sus empresas son grandiosas, tienen sabor épico, como, por ejemplo, el intento de liberación de Santa Catalina. Era una empresa marinera, pero las naves de Garibaldi estaban acorraladas en la Laguna por la flota brasileña; se le ocurre entonces una idea genial: poner las dos naves sobre unas plataformas con ruedas y arrastrarlas 60 millas hasta el lago Tramandahy, más que un lago una serie de lagos, que desembocan en el océano; hasta entonces ninguna nave había llegado a la desembocadura. Garibaldi, con su pericia, lo logra, pero al entrar en el Atlántico una tremenda tormenta, a la que resistieron toda la noche y buena parte del día, deshace las naves, todo se pierde. Garibaldi, junto con unos pocos supervivientes, se encuentra sin saber cómo en la orilla; de allí, se dirige a pie a Laguna.

Allá, en Laguna, conoce a Anita. Bella y muy inquieta, Anita estaba casada con un hombre beato, puntilloso y timorato, partidario siempre del orden constituido, con quien estaba en continuo contraste; él era lealista, ella revolucionaria. El primer encuentro de Garibaldi con Anita, casual o provocado por ella, fue un verdadero flechazo, y dos meses después, el 23 de octubre de 1839, empiezan la vida en común. Garibaldi, sin encontrar resistencia alguna, entró en su casa y se la había llevado.

Poco después, Garibaldi recibe la orden de partir hacia Imaruhy, que se ha rebelado. Con él va Anita, ya encinta; de regreso a Laguna, se encuentran con los imperiales, que están liberando la ciudad. Garibaldi queda envuelto por la flota brasileña. Anita, bajo el continuo fuego de los cañones, va a tierra en busca de refuerzos; lo único que llega es la orden de quemar las naves y huir. A caballo, seguido siempre de Anita, Garibaldi se convierte en jefe de banda.

Entre asaltos, retiradas y ataques nace Menotti, el primer hijo de Garibaldi y Anita, la cual durante los nueve meses de gestación, en la terrible retirada del ejército republicano, apenas había desmontado. Valiente y decidida, quería únicamente vivir cerca de su hombre; si le seguía no era por afán guerrero, era para no perderlo; las granadas no la asustaban, aun cuando la rozasen, pero perdía la cabeza cuando no veía a su José. No llegó nunca a comprender los ideales de Garibaldi, pero los compartió siempre hasta morir por ellos, creyéndolos sacrosantos porque él así los consideraba. Convertida ahora en su compañera, quiere hacer de él un marido tranquilo y casero, regularizando su posición. En un momento de calma, el propio Garibaldi certifica la muerte del marido de Anita, y en Montevideo, el 26 de marzo de 1842, se casan.

Garibaldi espera con ansia las noticias

procedentes de Italia, aguardando el momento del regreso cuando "estalle el incendio". Quizá por esto, cuando el incendio estalla en Montevideo, Garibaldi no se deja tentar, pero cuando, en nombre de la humanidad, amenazada por el déspota Rosas, se le pide su colaboración, no duda ya, no resiste más; para él la guerra era la verdadera vida: era un hombre de acción, constantemente en busca de un ideal que justificara esta acción, y ahora Uruguay se lo ofrecía. Le dieron el grado de coronel y el mando de tres naves, y le asignaron una misión: forzar el paso de Martín García, remontar el Paraná hasta la Bajada de Entre Ríos, para llevar armas a aquella población, sublevada contra Rosas. Logra la primera parte del plan, burlando a Brown, jefe de la armada argentina, excelente marinero, discípulo de Nelson; pero más tarde la flota uruguaya es destruida, primero por el enemigo y luego por el fuego, para evitar que aquél se apodere de ella.

Garibaldi regresa a Montevideo y con sus marineros da pruebas de valor y tesarudez que acrecientan su leyenda de hombre indestructible. Las salidas de Garibaldi eran un verdadero espectáculo; al grito de "¡Garibaldi parte!", balcones y terrazas de las casas próximas al muelle se convertían en un anfiteatro lleno a rebosar de gente, que con sus anteojos seguía las hazañas del héroe al asalto de una goleta argentina o sus estratagemas para lograr que una nave de socorro entrara en el puerto mientras él entretenía a la armada de Brown.

Batallas, escaramuzas, derrotas, todo hacía de Garibaldi un héroe, de todo salía incólume, usando la fuerza y el valor, pero también la astucia cuando la situación lo requería, como la famosa huida, después de la batalla de San Antonio, por entre las filas del enemigo dormido, de puntillas y a favor de la oscuridad. Quizá recordó un episodio del *Orlando enamorado,* pues, aunque tenía una formación muy irregular, Garibaldi conocía muy bien la obra de Ariosto.

El almirante inglés lord Howden, comandante de las fuerzas inglesas que habían ido en socorro del Uruguay, dice de Garibaldi: "Era el único desinteresado entre una muchedumbre de individuos que buscaban únicamente el propio interés". Efectivamente, su participación en los hechos uruguayos no le produjo ningún beneficio económico; él y su familia vivían casi en la miseria.

Las noticias que llegaban de Italia eran contradictorias, pero alentadoras, y las reuniones de los exiliados italianos en Uruguay se cerraban ahora con los gritos de "¡Viva el papa!", "¡Viva Carlo Alberto!", "¡Viva Mazzini!" y "¡Viva Gioberti!".

El momento de la partida está próximo: Anita y los niños (después de Menotti nacieron Rosita, que murió pronto, Teresita y Ricciotti) habían embarcado ya para Niza. Garibaldi tiene ya una nave, la *Speranza.*

El 15 de abril de 1848 zarpa de Montevideo con sesenta y tres legionarios; de nuevo los balcones y ventanas del puerto se llenan de gente al grito de "¡Garibaldi parte!": el héroe del Nuevo Mundo iba a la conquista del Viejo.

H. P.



La última fase de la batalla de Magenta (Museo del Risorgimento, Milán). En este hecho de armas, las tropas francopiamontesas consiguieron vencer a las austríacas gracias a la llegada del mariscal MacMahon con tropas de refuerzo francesas. En la batalla, el propio Napoleón III estuvo a punto de caer prisionero. MacMahon recibió el título de duque de Magenta.

Batalla de Solferino, según estampa de la época (Museo Central del Risorgimento, Roma). Poco después de esta batalla, Prusia inició la movilización de sus tropas, por lo cual Napoleón III se apresuró a concertar un armisticio con Austria, a espaldas de los piamonteses.



fue así. Mazzini y Garibaldi eran demasiado diferentes en educación y maneras para que pudieran estar de acuerdo en lo que no fuera la unidad de Italia y la revolución. Garibaldi había empezado como grumete y marino, mientras Mazzini había seguido la carrera de abogado; Garibaldi había luchado en las guerras civiles del Uruguay y la Argentina, hasta llegar a general; Mazzini había conseguido todas sus victorias con folletos y discursos... Reaparecía en ellos el eterno conflicto entre intelectuales y guerrilleros que ha hecho fracasar tantas revoluciones. Pero Garibaldi no era un guerrillero vulgar y perdonaba la incomprensión de Mazzini. Bajo la camisa roja del caudillo de la Pampa palpitaba el corazón de un niño. Incapaz de doblez, de envidia o ambición, Garibaldi com-

Entrada de Víctor Manuel II y Napoleón III en Milán (8 de junio de 1859), por G. Bertini (Museo del Risorgimento, Milán).

prendió el papel que le tocaba en los campos de batalla de Italia saturada de civilización. El *general* Garibaldi tenía que convertirse en un forajido y bandido y forzar el curso de los acontecimientos con sus imprudencias. Sin señor ni amo, no dependiendo de nadie, se arriesgaba con unas cuantas *camisas rojas,* y si conseguía triunfar era Italia la que salía ganando; si, en cambio, era vencido, era él quien perdía.

Sin embargo, después de varios golpes fracasados, Mazzini y Garibaldi comprendieron que Italia nunca conseguiría desembarazarse de Austria sin un monarca con ejército regular que se pusiera decididamente de parte de la revolución. Y éste no podía ser más que el rey del Piamonte. El gobierno de Turín se dio cuenta de que la revolución era inevitable, mejor dicho, que ya estaba en marcha. Cuando un país consigue el estado de agitación revolucionaria que conmovía a Italia poco antes de 1848, no se debe tratar de detenerla en modo alguno, sino más bien de aprovecharla. Parecía que era sólo cuestión de obrar en momento oportuno. *Italia farà da se* (Italia obrará por sí misma).

Se creyó que había llegado el momento cuando se recibieron las noticias de la revolución de febrero de 1848 en París, con la correspondiente secuela de los motines en Viena y la dimisión de Metternich. Venecia se sublevó, y el pueblo de Milán, amotinado contra los austríacos, obligaba, después de cinco días de lucha por las calles –¡las *cinque giornate* gloriosas!–, al gobernador Radetzky con su guarnición de veinte mil soldados a retirarse al cuadrilátero fortificado por Austria entre los ríos Mincio y Adigio.

Toda la Italia revolucionaria se movilizó en leva tumultuosa electrizada por los sucesos de Milán y Venecia. Mazzini y Garibaldi acudieron precipitadamente a Lombardía con

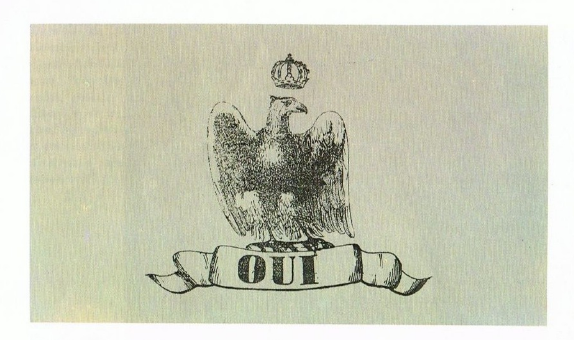


Francisco José de Austria, por Winterhalter (Museo de Arte e Historia, Viena). Napoleón III se entrevistó con el emperador de Austria en Villafranca, y en el subsiguiente tratado de Zurich, Austria cedía a Francia Lombardía, que Napoleón III entregaba al Piamonte.





Anverso y reverso de la medalla conmemorativa de la anexión de Niza y Saboya a Francia en 1860 (Biblioteca Nacional, París).



Papeleta para el plebiscito celebrado en Niza el 15 de abril de 1860 para legalizar su incorporación a Francia (Museo Masséna, Niza).

sus bandas de insurrectos. El entusiasmo popular era irresistible. El Piamonte, poniéndose a la cabeza de todos los enemigos de Austria y haciéndose eco de sus deseos, declaró la guerra el día 25 de marzo...

El 9 de agosto todo estaba perdido; Radetzky había recibido refuerzos de Viena y el rey del Piamonte, Carlos Alberto, no tuvo más remedio que firmar un armisticio. Las hostilidades recomenzaron al año siguiente para acabar con una completa derrota de los piamonteses en los llanos de Novara. Carlos Alberto abdicó en el campo de batalla y marchó a morir a Portugal. Su hijo Víctor Manuel II trató con Radetzky.

Las condiciones eran las siguientes: retirada al otro lado del Tessino; ocupación por los austríacos de la fortaleza de Alessandria en el corazón del Piamonte, y pagar los piamonteses los gastos de la guerra, que se habían calculado en setenta y un millones.

La lección que el Piamonte y toda Italia sacó de las guerras del 48 y 49 fue que no bastaba el concurso de un príncipe italiano para que triunfara la revolución: nunca se podrían libertar las provincias sujetas a la dominación austríaca sin el apoyo de una potencia extranjera con un ejército fuerte. El *Italia farà da se* no era, en el fondo, más que una frase...

Esta convicción quedó bien clara en la mente del primer ministro de Víctor Manuel, el conde de Cavour, liquidador del desastre de Novara. Europa, en equilibrio inestable, sufriría una guerra en la que Austria tomaría parte; y entonces el Piamonte, aliado con los enemigos de Austria, fueran quienes fuesen, conseguiría al fin expulsarlos de Italia



Garibaldi y los "Mil" embarcan en Quarto para la conquista de Sicilia, por Induno (Museo del Risorgimento, Milán). Dos meses después del plebiscito en Saboya y Niza, Garibaldi desembarcó en Sicilia y expulsó de ella a los Borbones.

MAZZINI Y "LA JOVEN ITALIA"

Las revoluciones italianas de 1820-1821 y de 1831, inspiradas y dirigidas por los movimientos carbonarios, habían sido consecuencia de las revoluciones liberales española y francesa. De espíritu revolucionario-napoleónico, tuvieron más carácter regional que nacional y no afrontaron en modo alguno el problema unitario de la creación de una nueva Italia; lo único que perseguían con la lucha era la instauración de nuevos gobiernos constitucionales.

El fracaso de la revolución del 31 fue un golpe mortal para la Carbonería. La incertidumbre de los programas, la mala organización, la mezquindad de algunos de sus cabecillas, junto, claro está, con las circunstancias adversas, habían sido la causa de su fracaso.

Teniendo en cuenta que la situación fragmentaria de Italia no permitía llevar a cabo abiertamente ninguna acción política en pro de los intereses nacionales, las sectas afines a la Carbonería fueron desapareciendo, mitigando su acción, y pronto se vieron sustituidas por otra sociedad secreta, muy distinta en todos los aspectos a las demás: *La Giovine Italia.* No se trata de una multiplicidad de asociaciones, distintas tanto por su nombre como por sus fines, sin ningún vínculo orgánico entre sí, sino de una asociación única, con un programa preciso y madurado, formulado por un jefe enérgico e incansable, Giuseppe Mazzini.

Nacido en Génova en 1805, en un ambiente de tradición republicana poco devoto a la dinastía Saboya, se inscribe pronto en el movimiento carbonario; en 1830 es detenido y encarcelado en Savona, donde empieza a madurar sus ideas políticas.

Emigra luego a Marsella y allí, en contacto con los exiliados del 31, acaba de convencerse de los fallos de la Carbonería. Según él, el movimiento para el resurgimiento de Italia no debía limitarse a una acción empíricamente política de pocos individuos o restringidas clases sociales, sino que tenía que ser una profunda y amplia corriente de renovación espiritual, con carácter religioso y moral ante todo, fundada en una fe sólida y profunda en Dios y en la humanidad, depositaria de la ley divina del progreso, fe que debía llenar y mover a todo el pueblo. Éste, el pueblo, no debería esperar su salvación de los soberanos, sino crearla él mismo por su propia obra. La redención política iría acompañada de la redención social. La revolución italiana debía ser la versión para Italia de un programa destinado a transformar toda la humanidad, que se resumía en el binomio "Dios y pueblo". En esta obra de redención humana le correspondía a Italia el papel de iniciadora, de propugnadora; su causa se convertía en la de la misma humanidad, adquiriendo un valor y una función universales. Bajo la guía italiana, los pueblos asociados contra el gobierno debían llevar a cabo las libres y solidarias sociedades nacionales, la nueva Europa, organizada en naciones y grupos de naciones, y con ella la humanidad asociada y redimida avanzaría por la vía del progreso indefinido, hacia la sublimación divina.

Éstos son los ideales que mueven a Mazzini a fundar en 1831, en Marsella, *La Joven Italia,* cuyo programa decía: *"La Joven Italia* es la hermandad de los italianos que creen en una ley de progreso y deber, los cuales, convencidos de que Italia está llamada a ser una nación y de que puede crearse tal con sus propios esfuerzos..., de que el secreto de la fuerza está en la unión y en la constancia de los esfuerzos, consagran, unidos en asociación, el pensamiento y la acción al gran intento de hacer de Italia una nación de hombres libres e iguales, Una, Independiente, Soberana". *"La Joven Italia* es republicana y unitaria, republicana porque todos los hombres de una nación están llamados por ley de Dios y de la humanidad a ser libres, iguales y hermanos, y la institución republicana es la única que asegura este porvenir; unitaria porque sin unidad no hay fuerza, e Italia, rodeada de naciones unitarias potentes y ambiciosas, tiene necesidad, ante todo, de ser fuerte." "La nación es el ayuntamiento de los italianos hermanados en un pacto, que viven bajo una ley común."

Novedad capital del programa es la idea de unidad italiana, hasta entonces espejismo incierto de unos pocos, no profesada por nadie en forma tan precisa y resuelta y propugnada por Mazzini con aquel entusiasmo y aquel alto idealismo propios de su espíritu, que hicieron de él uno de los artífices de la nueva Italia y dieron al *Risorgimento* italiano un valor universal.

Mazzini empezó rápidamente la obra de propaganda y organización. Grupos de afiliados a *La Joven Italia* aparecen en Génova, Toscana, Umbría, en fin, un poco por toda Italia, atrayendo también restos del movimiento carbonario. Se publica el periódico *La Joven Italia,* que se introduce clandestinamente en la península, y en el que Mazzini desarrolla su gran actividad de escritor, continuada más tarde en otros periódicos y en infinidad de opúsculos, que junto con sus cartas, fruto de un intenso carteo con las más diversas personalidades de la época, le proporcionaron un lugar insigne en la literatura política, moral y religiosa italiana.

Pero es evidente que Mazzini, miembro de la alta burguesía, más noble que plebeyo, no conocía bien al pueblo, especialmente al pueblo italiano de la Italia que pretendía crear. Sus ideales no le permitían ver la realidad, como la veía a pesar de su ingenuidad Garibaldi, que con su teatralismo logró más que Mazzini con sus ideales abstractos y remotos, válidos quizá para la posteridad, mas no para el momento histórico al que iban dirigidos.

Mal psicólogo, no apreció nunca y menos en la primera entrevista que tuvieron en Marsella, allá por los tiempos de la creación de *La Giovine Italia,* las cualidades de Garibaldi, su honestidad, su buena fe, su inquebrantable entusiasmo y valentía, todo lo que, en resumen, daba al carácter de aquel personaje hechizo y calor humanos.

Mazzini despreciaba profundamente todo lo que no fuese cultura, inteligencia y pensamiento riguroso, y olvidaba que para lograr lo que él pretendía y en el modo en que lo pretendía, tenía que valerse de una "mano de obra revolucionaria", a la que no comprendía y que además despreciaba. Tenía constantemente en la boca la palabra "pueblo", pero no lo conocía; olvidaba que el pueblo en Italia estaba demasiado retrasado, era demasiado ignorante y mísero para poder cultivar aquellos ideales de libertad y patria que él les atribuía y que eran sólo monopolio de una pequeña *élite* culta.

Había creído siempre que bastaría solamente una pequeña chispa para que prendiera en las masas la llama de la revolución, aunque continuos fracasos hubieran debido enfriar su ciega fe en algo que no existía en la Italia de entonces, un pueblo consciente de su papel, y no un sufrido o entusiasta espectador, según las circunstancias, como era aquella multiforme masa peninsular.

H. P.

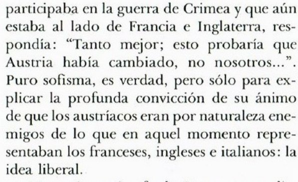
a cambio de los servicios militares que prestara.

Los acontecimientos no vinieron exactamente en esta forma; Cavour tuvo que prestar los servicios antes de sacar provecho del conflicto que esperaba. En una palabra, ayudó a los que debían ayudarle a él después, sin pedir nada de momento. La ayuda fue asociarse el Piamonte, Francia e Inglaterra en la guerra de Crimea, donde el gobierno de Turín y los demás de la Italia *irredenta* tenían poco o nada que ganar. Quince mil piamonteses fueron al sitio de Sebastopol y costó la campaña varios millones al Piamonte.



Entrada triunfal de Garibaldi en Nápoles (Museo Central del Risorgimento, Roma). Conquistada Sicilia, el caudillo italiano ocupó el reino de Nápoles y obligó a Fernando II de Dos Sicilias a refugiarse en Gaeta.

Cavour defendió la intervención y los gastos en discursos breves, sencillos, persuasivos, razonables. Claro está que el fondo secreto de sus motivos no lo exponía categóricamente a la Cámara; se necesitaba la lucidez de vidente más que de político que tenía Cavour para comprender que atacando a los rusos en Sebastopol se atacaba a los austríacos en Milán y Venecia. Cuando le decían que Austria no



participaba en la guerra de Crimea y que aún estaba al lado de Francia e Inglaterra, respondía: "Tanto mejor; esto probaría que Austria había cambiado, no nosotros...". Puro sofisma, es verdad, pero sólo para explicar la profunda convicción de su ánimo de que los austríacos eran por naturaleza enemigos de lo que en aquel momento representaban los franceses, ingleses e italianos: la idea liberal.

He aquí un párrafo de Cavour en su discurso del 26 de febrero de 1855 defendiendo la participación del Piamonte en la guerra de Crimea: "Si las cuestiones políticas y el destino de los pueblos estuvieran regulados por tribunales imparciales, como los que juzgan cuestiones de derecho privado, no haría falta intervenir, pero sabemos desgraciadamente que los consejos de la diplomacia y los congresos de las naciones no están regulados por normas de derecho estricto, sino que pronuncian sentencias que no son justas y, para mayor desgracia, inapelables".

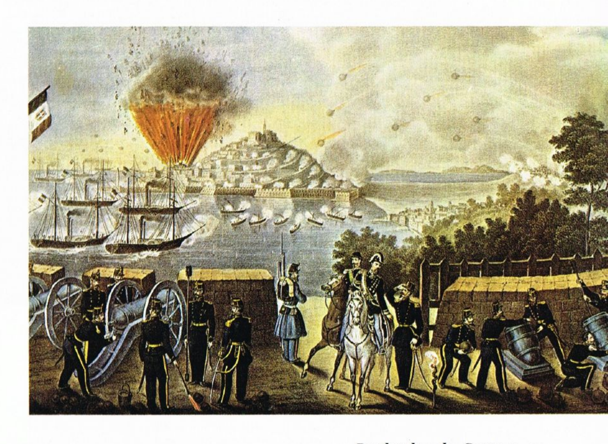
Con objeto de evitar sentencias contrarias a los intereses de Italia, Cavour había incluido en el tratado de alianza con Francia e Inglaterra que el Piamonte tendría voz y voto como las grandes potencias en el congreso de la paz después de la guerra turco-rusa. Quince mil soldados y unos cuantos millones compraron, pues, la silla de Cavour en el Congreso de París del año 1856. Allí defendió la causa de Italia *a viso aperto,* pero sin arrebatos meridionales. Se hizo estimar de todo el mundo y estableció las amistades que debían después proteger al Piamonte en sus anexiones. Tenía su plan sin precisarlo.



Encuentro de Garibaldi y Víctor Manuel II en Teano (Museo del Risorgimento, Turín). La monarquía sarda y Garibaldi no siempre estuvieron de acuerdo, e incluso la primera llegó a oponerse a acciones del patriota italiano. De todos modos, al invadir el reino de Nápoles el ejército sardo, Garibaldi saludó a Víctor Manuel II como rey de Italia en Teano y dos días después embarcaba hacia Caprera, la isla en que había fijado su residencia.

Hubo que esperar todavía. Fueron años dificilísimos para todos; hubo conspiraciones, motines y represiones sin cuento. La política de Cavour desde la derrota de Novara, en 1849, enviando ejércitos a Rusia en lugar de invadir las provincias austríacas en Italia y acudiendo a congresos diplomáticos en lugar de conspirar con Garibaldi y Mazzini, parecía verdadera traición. Por fin, el año 1859, Napoleón III, en el pináculo de su prestigio, llamaba a Cavour para tratar de la guerra contra Austria.

La entrevista se celebró en Plombières, balneario de los Vosgos, donde el emperador aparentó ir por motivos de salud. Cavour llegó de riguroso incógnito. Las cláusulas del contrato, mantenido secretísimo, eran que Francia atacaría a Austria con un ejército de 200.000 hombres y el Piamonte aportaría 100.000. Austria tendría que ceder Lombardía y Venecia al Piamonte. Con Toscana y los ducados se haría un reino para un



Bombardeo de Gaeta y explosión de un polvorín (Museo Central del Risorgimento, Roma). Sitiada la ciudad, donde se había refugiado Fernando II, por tierra y por mar, fue sometida a intensos bombardeos y capituló el 13 de febrero de 1861.

Fernando II de Dos Sicilias se despide del papa después de la capitulación de Gaeta (colección Bartarelli, Milán).



primo de Napoleón. El papa quedaría señor de sus estados, y Nápoles y Sicilia continuarían borbónicos, a menos que una revolución reclamase al hijo de Murat. Sin embargo, Garibaldi se encargaría de fomentar esta revolución y darle un final muy diferente.

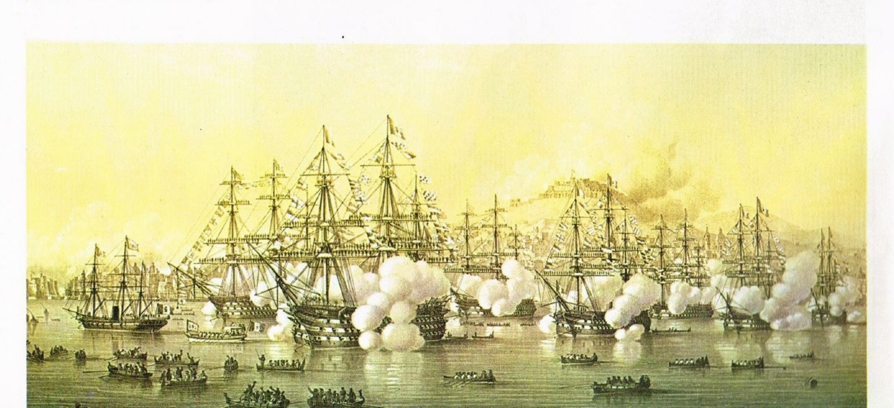
Aparentemente un mal negocio, porque establecía un príncipe francés en Toscana, retrasando más que nunca la unificación. Mas, para Cavour, lo importante era expulsar a los austríacos y hacer del Piamonte, con la anexión de Lombardía y Venecia, un reino de once millones de habitantes en lugar de los tres millones que tenía en aquel momento.

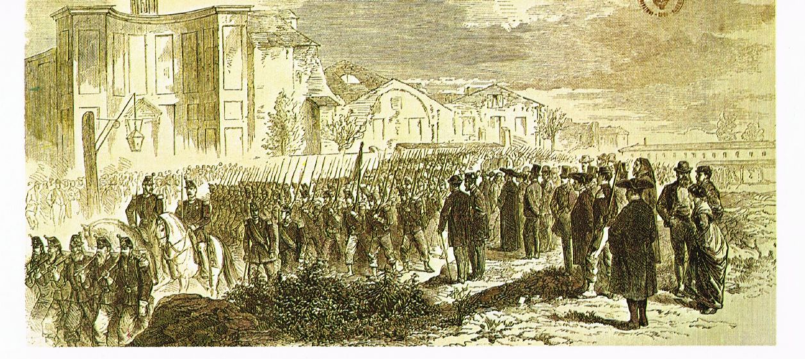
La guerra empezó en abril de 1859. Napoleón III y Víctor Manuel, al frente de los contingentes estipulados en Plombières, derrotaron a los austríacos en Magenta y Solferino. De haber continuado las hostilidades, es seguro que podían expulsar a los austríacos hasta del último terruño de Italia; pero Prusia movilizaba y Napoleón, sin consultarlo con sus aliados piamonteses, concertó un armisticio con el emperador de Austria. Una entrevista de ambos en Villafranca y el tratado de Zurich convinieron los términos de la paz. Una *media paz,* según decía Cavour. Por el tratado de Zurich, Austria cedía a Francia –la cual a su vez la cedía al Piamonte– la Lombardía. Todo lo demás de Italia quedaba igual. Venecia continuaba siendo dominio austríaco. Era, por tanto, sólo una parte de lo que se había convenido en Plombières.

Pero el tratado de Zurich había demostrado que Austria podía perder y el Piamonte podía ganar. La revolución haría el resto. Y, en efecto, en marzo de 1860, Toscana y los ducados en rebelión descarada expulsaron a sus antiguos dueños, y Austria ya no estaba allí para restablecerlos. Según lo convenido en Plombières, con Toscana y los ducados de la Italia central se tenía que formar un reino para un primo de Napoleón. Pero los toscanos pedían la anexión al Piamonte –el grito era "Italia y Víctor Manuel"– y el Piamonte se "resignaba" a aceptarlos. Los ingleses –mejor dicho, los amigos ingleses de Cavour– propusieron la solución: un plebiscito. Celebrado éste, fue casi unánime en favor del Piamonte.

Para recompensar a Napoleón III por no haberse formado en la Italia central el reino para su primo, Cavour tuvo que cederle Niza y Saboya. Fueron los momentos más amar-

Llegada de Víctor Manuel II de Italia a Nápoles, en mayo de 1862, escoltado por las escuadras francesa e inglesa (Biblioteca Nacional, París).





Las tropas francesas del Segundo Imperio en Roma (Museo Central del Risorgimento, Roma). Por su cuenta y riesgo, Garibaldi realizó (en 1862 y 1867) dos intentonas de ocupar aquella ciudad. En ambas ocasiones, las fuerzas francesas lo hicieron fracasar.

gos de su vida. Niza era la patria de Garibaldi y Saboya era el solar antiguo de la dinastía del Piamonte. Estaban ambos territorios al otro lado de los Alpes, es verdad, pero eran tierras casi italianas. "Somos traficantes o bandidos", dijo Cavour al firmar la cesión. También allí se justificó el traspaso de nacionalidad con un plebiscito. Saboya se declaró francesa casi por unanimidad. Niza también aceptó y es todavía hoy muy francesa.

Por otra parte, los sucesos se precipitaban; no permitían vacilaciones ni regateos. La cesión de Niza y Saboya se había tratado en marzo de 1860, y en mayo del mismo año, Garibaldi, con 1.027 voluntarios, la mayor parte muchachos estudiantes, habían desembarcado en Sicilia y desencadenado allí una revolución. Los ejércitos borbónicos, impotentes, se habían retirado a tierra firme. Garibaldi cruzaba el estrecho de Mesina el 22 de agosto, y el 7 de septiembre entraba en Nápoles. En octubre el rey del Piamonte Víctor Manuel invadía el territorio napolitano, después de ocupar gran parte del estado pontificio, y pocos días más tarde Garibaldi salía a recibirle saludándolo con el título de "Rey de Italia".

Así, a comienzos de 1861 toda Italia estaba unida al Piamonte, con la excepción de Roma, todavía pontificia, y Venecia, todavía austríaca. Había que esperar. Cavour nunca perdió las esperanzas de que ambas a poco tardar se reunirían a Italia; pero murió aquel mismo año, agotado por inquietudes y zozobras.

Italia obtuvo a Venecia como consecuencia lejana del convenio de Plombières. En 1866, aliada con Prusia, declaró la guerra a Austria y sufrió varios reveses; pero Austria, vencida en Sadowa, pidió a Napoleón III que intercediera cerca de Bismarck para obtener mejores condiciones de paz, y ofreció Venecia como premio. A su vez, Napoleón III cedió Venecia a Víctor Manuel. Para Roma se tuvo que esperar a que Francia pasara por la crisis del año 1870. Napoleón III, instigado por su esposa, había decidido mantener el poder temporal del papa; pero, después de la guerra franco-prusiana, este apoyo francés desapareció y el pontífice, sin recibir ayuda extranjera, ya no pudo defenderse de las bandas de garibaldinos en agresión descarada y los ejércitos de Víctor Manuel. Roma cayó el 20 de septiembre del año 1870.

La situación del papa después de la toma de Roma por los italianos debía quedar reglamentada con la llamada Ley de Garantías; pero fue un convenio unilateral, porque la curia pontificia no lo quiso aceptar. Según la Ley de Garantías, se asignaba al papa un importante subsidio en concepto de indemnización y se le aseguraba libre comunicación con el mundo católico; el papa conservaba en Roma cinco edificios: el Vaticano, el Letrán, la Cancillería, el Santo Oficio y la Propaganda. Dentro de ellos –terreno extraterritorial– tenía los honores de soberano. Según la Ley de Garantías, su categoría de monarca reinante no había disminuido, sólo que su dominio quedaba reducido a aquellos cinco palacios. Estaban éstos en distintos barrios de Roma, y como quiera que para ir de uno a otro tenía que pisar territorio italiano, y sus idas y venidas hubieran ocasionado dificultades, prefirió quedar prisionero voluntario dentro del Vaticano. La incómoda situación, aunque se suavizara poco a poco a partir de 1905, no se resolvió hasta el Tratado de Letrán de 1929, que dio origen al estado de la Ciudad del Vaticano. Para legitimar la usurpación, el gobierno italiano convocó un plebiscito. De los 167.000 romanos con voto, 133.000 votaron por la anexión al reino de Italia; sólo 1.500 por la continuación del gobierno pontificio.

La poca resistencia que opusieron las

"RISORGIMENTO", REVOLUCION POLITICA E INDUSTRIALIZACION

GRAMSCI señala una diferencia esencial entre la Revolución francesa entendida como revolución burguesa "normal" y el "Risorgimento". En Francia, la burguesía, al hacerse con el poder, reorganiza el estado según sus necesidades y se atrae el apoyo de la clase campesina con una reforma agraria radical. La revolución de la burguesía se hace entonces irreversible y nacional. La burguesía italiana, protagonista y beneficiaria del "Risorgimento", no dobla su acción política con la puesta en práctica de un programa democrático y el planteamiento de una reforma agraria. El "Risorgimento" será una revolución burguesa a medias, un proceso de modernización económica inacabado. De aquí la permanente debilidad constitucional del estado italiano moderno.

Para ROMEO, la estructura agraria de la Italia unificada favorece la industrialización del país.

Durante el período 1861-1880, la producción agrícola italiana crece rápidamente. Una parte de este incremento de producción debe satisfacer las necesidades de una población que aumenta de manera constante. Otra parte pasa a incrementar las rentas de la tierra, ya que durante todo el período la renta "per cápita" de la población campesina permanece invariable.

El crecimiento de la renta agrícola es una fuente de acumulación primitiva del capital en cuanto es utilizado, una vez drenado hacia las arcas estatales por una fiscalidad muy gravosa para los ingresos agrícolas, en la edificación de una infraestructura económica, requisito indispensable para el comienzo de la industrialización.

El período 1860-1880 prepara la industrialización; entre 1880 y 1887 tiene efecto una primera fase de auge industrial: la aparición de la industria a gran escala.

Si hubiese habido una reforma agraria, la producción agrícola no hubiera crecido o los campesinos no habrían tolerado la pesada carga fiscal sobre sus ingresos; en consecuencia, la formación de la infraestructura se habría retrasado y la fase de auge industrial de 1880-1887 no hubiera tenido lugar.

A partir de estos presupuestos, GERSCHENKRON señala su disconformidad con determinados puntos de la interpretación de ROMEO.

La primera fase de auge industrial de 1880-1887 es modesta. No puede identificarse con la fase de auge inicial característica del proceso de industrialización. La industrialización italiana se retrasó otros quince años después de 1880.

El concepto de acumulación primitiva posibilitando la industrialización no puede aplicarse a Italia. No existía en este país una acumulación de riqueza suficiente que estuviese en las manos adecuadas para que en el momento preciso fuera invertida en la industrialización del país. ROMEO llama acumulación primitiva al proceso de detracción fiscal de capitales de la renta agrícola de una manera continua, para invertirlos seguidamente en la edificación de la infraestructura económica del país. Pero esto no es más que un sustitutivo de la verdadera acumulación primitiva.

Lo que resulta claramente de los datos sobre el auge industrial de 1880-1887 es la escasa fuerza y eficacia de este sustitutivo. La creación y el mantenimiento de una gran industria requerían unos capitales que el estado y los bancos italianos no poseían. Para que la industrialización se produjese se requería que el estado italiano proporcionase un sustitutivo adecuado y suficiente que compensase las dificultades financieras con las que el proceso chocaba.

GERSCHENKRON difiere de ROMEO en la interpretación de los resultados obtenidos a partir del modelo de industrialización propuesto por el economista italiano.

La contraposición de las tesis de GRAMSCI y ROMEO le parece a GERSCHENKRON inadecuada en cierto modo. La tesis de GRAMSCI sería sobre todo política. El libro de ROMEO es un estudio del desarrollo industrial italiano, y como tal cabe juzgarlo.

La observación de GERSCHENKRON acerca de la inadecuación de la contraposición ROMEO-GRAMSCI es acertada en parte. No puede olvidarse que el mismo ROMEO presenta su libro como una réplica a la tesis de GRAMSCI, y del modelo económico de industrialización que propone se derivan inmediatas proposiciones políticas. Esta trascendencia política mantendrá abierta y viva largo tiempo una polémica económica.

naciones católicas a reconocer el hecho consumado de Roma capital de Italia se debió a la coincidencia de estar Francia desangrada, España con revolución y el papa enemistado con Austria por haber aceptado ésta una constitución pocos años antes. Pío IX había ido tomando resueltamente una posición antiliberal; en el *Syllabus* y en la encíclica *Quanta cura,* publicados conjuntamente en 1864, se condenaban el indiferentismo religioso, la legislación laica y regalista y el principio de separación de Iglesia y estado.

Diez años antes, en 1854, se había declarado dogma la Concepción Inmaculada de María, esto es, que la Madre de Jesús había sido concebida en el seno de su madre sin el pecado original inherente a la naturaleza humana por el pecado de Adán.

La Iglesia se fue dando cuenta de que su proceder y su fuerza estaban en el orden puramente espiritual. Como consecuencia de esto, convocó el Concilio Vaticano, que dio como resultado la definición del dogma de la infalibilidad del papa. Este asunto merece que le concedamos alguna atención.

Desde los primeros años de su pontificado, Pío IX había tenido la ilusión de convocar un concilio ecuménico para resolver los problemas de su época. El tiempo fue pasando sin que llegara la oportunidad. Por fin, el concilio fue convocado para diciembre de 1869, un año antes del gran cataclismo de la guerra franco-prusiana y de la toma de Roma por los italianos. Al concilio no fueron invitados los soberanos de estados católicos ni había en él representantes del poder civil como los hubo en Trento. No se trató ya de liberalismo, sino que las sesiones del concilio se centraron sobre el punto de la infalibilidad del pontífice cuando habla *ex cathedra.* Al principio no había unanimidad, pero pronto se llegó al asentimiento de la gran mayoría de los prelados asistentes. Fuera del concilio algunos grupos de católicos se ma-



Una sesión del Concilio Vaticano I, en el que se condenaron las teorías modernistas y se proclamó la infalibilidad pontificia.

nifestaron en contra del nuevo dogma, como el escritor tradicionalista francés Montalembert, y en Alemania y Suiza surgió el cisma de la pequeña minoría de los "viejos católicos". Newman, el insigne prelado de la Iglesia católica inglesa, que al principio opinó en contra, una vez definido el dogma lo acató obedientemente.

El texto finalmente aprobado es como sigue: "Por revelación divina se declara dogma que cuando el Romano Pontífice habla *ex cathedra,* esto es, cuando ejercita su oficio de pastor maestro de la Cristiandad definiendo la fe o la moral que ha de mantener la Iglesia, está, por la asistencia divina prometida a San Pedro, poseído de la infalibilidad... y por tanto, sus definiciones son inalterables y no necesitan el consentimiento de la Iglesia". Esta definición fue aprobada por unanimidad.

Provisto de esta infalibilidad, el papa obtuvo la máxima autoridad para atajar los progresos del constitucionalismo y liberalismo político. Era, sobre todo, la corriente llamada *modernismo,* término inapropiado, puesto que los modernistas católicos deseaban un retorno a la simplicidad evangélica, cuando la Iglesia estaba descentralizada y los laicos tenían más participación en los asuntos eclesiásticos. Los modernistas reconocían la autoridad del papa y no discutían ya su infalibilidad, declarada por concilio ecuménico, pero hubieran querido que en cada iglesia las personas de fe acrisolada fueran consultadas para los asuntos que no eran de orden teológico.

Además, los modernistas católicos insinuaban que nada que fuera progreso y conocimiento positivo podía estar en desacuerdo con la revelación. Algunos proponían interpretarla a su manera, como los que decían que la fórmula "Dios es una persona" debe interpretarse hoy como "tratad a Dios como si fuera una persona", pero nunca llegaron a ponerse de acuerdo y establecer una base mínima de doctrina modernista. En una reunión que tuvieron en 1907 en Molveno, se manifestaron una gran variedad de matices de pensamiento. Tan endeble doctrina no podía seducir a muchos. El modernismo fue condenado por la encíclica de Pío X *Pascendi,* en 1907, la cual, como cura y previsión de toda recaída, proponía "que la teología escolástica fuera la base de las ciencias religiosas". La *Pascendi* confirmaba la encíclica de León XIII *Aeterni Patris,* que para "la defensa y adorno de la fe católica, para el bien de la sociedad y para el progreso de todas las ciencias", proponía el restaurar "la sabiduría dorada de Santo Tomás, propagándola con todas las fuerzas disponibles y hasta los más remotos confines". Así se originó el *neotomismo,* la escolástica medieval convenientemente purificada de anacronismos y adaptada con gran acierto a las necesidades y problemas del mundo de nuestro tiempo.

BIBLIOGRAFIA

Berti, G.	*I democratici e l'iniziativa meridionale nel Risorgimento,* Milán, 1962.
Candeloro, G.	*Storia dell'Italia moderna,* vol. IV, Milán, 1964.
Clough, S. B.	*The Economic History of modern Italy,* Nueva York, 1964.
Delzell, Ch. F.	*The unification of Italy, 1859-1861,* Nueva York-Londres, 1965.
Gramsci, A.	*Il Risorgimento,* Roma, 1949.
Grew, R.	*A Sterner Plan for Italian unity: the Italian National Society in the Resorgimento,* Princeton, 1963.
Leprè, A.	*Storia del Mezzogiorno nel Risorgimento,* Roma, 1969.
Mack Smith, D.	*Garibaldi and Cavour, 1860,* Cambridge, 1954. *The making of Italy,* Londres, 1968.
Maturi, W.	*Interpretazzioni del Risorgimento. Lezioni di storia della storiografia,* Turín, 1962.
Pieri, P.	*Storia militare del Risorgimento,* Turín, 1962. *Figure e gruppi delle clase dirigente piemontese nel Risorgimento,* Turín, 1968.
Quazza, G.	*La lotta sociale nel Risorgimento. Classi e governi dalla Restaurazione all'Unità, 1815-1861,* Turín, 1961.
Romano, A.	*Storia del socialismo italiano* (2 vols.), Milán, 1954.
Romeo, R.	*Risorgimento e Capitalismo,* Roma, 1959. *Cavour e il suo tempo,* Bari, 1969.
Salvatorelli, L.	*Il pensiero politico italiano dal 1700 al 1870,* Turín, 1942. *Pensiero e azione del Risorgimento,* Turín, 1942.



El papa Pío IX en un mosaico de la basílica de San Lorenzo Extramuros, de Roma. Pío IX vio la desaparición del poder temporal de los papas, se declaró prisionero en el Vaticano y convocó el Concilio Vaticano I.